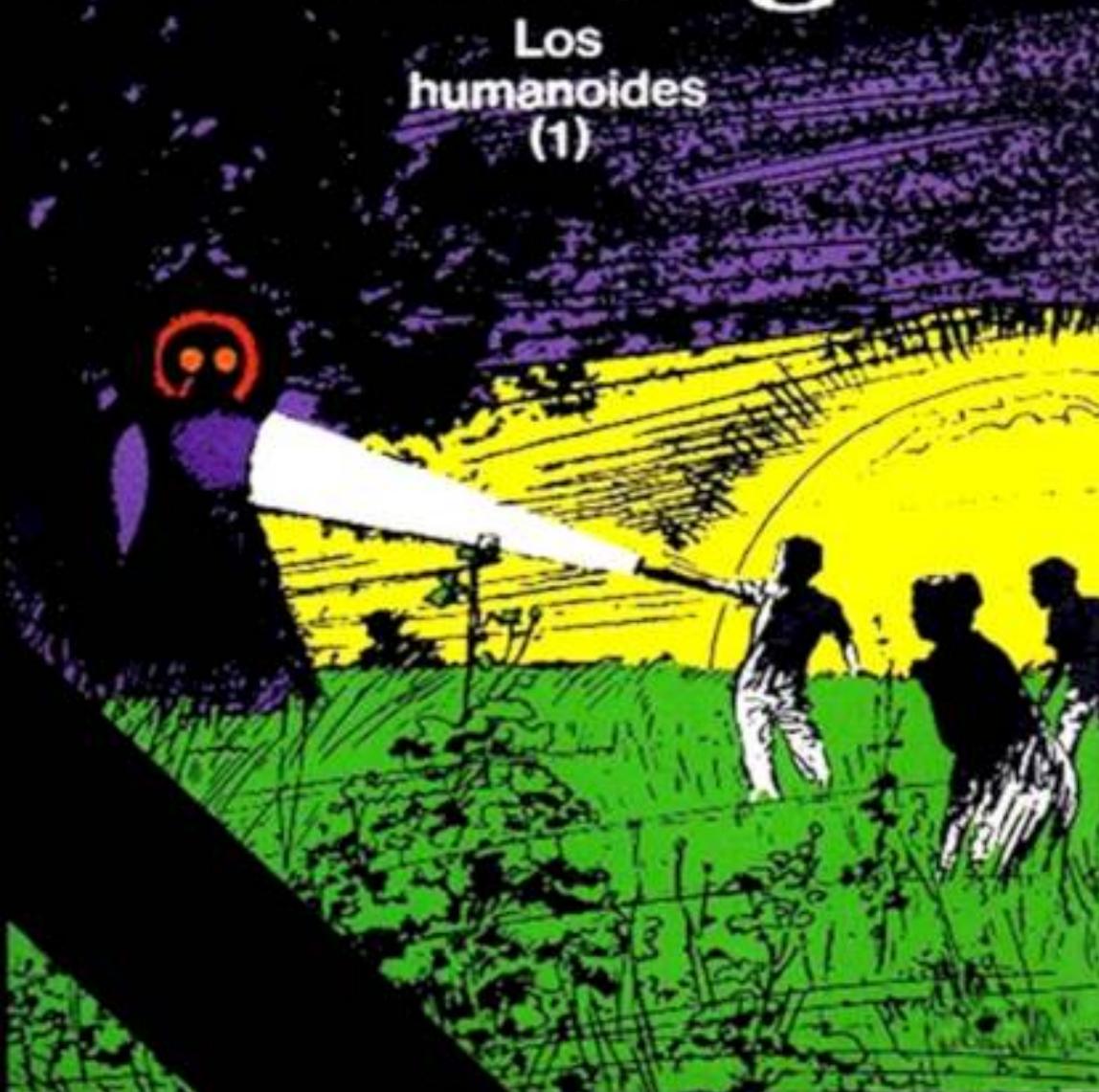


J.J. Benítez

Un libro documental que recoge
millares de testimonios sobre la existencia
de los extraterrestres.

La punta del iceberg

Los
humanoides
(1)



«Hace años que deseaba escribir este libro. Desde que elegí la investigación ovni como el eje y objetivo de mi vida, he ido reuniendo decenas de casos de encuentros cercanos con los tripulantes o pilotos de estas naves. En estos momentos, y sólo en lo que a España se refiere, he logrado investigar “sobre el terreno” la nada despreciable cifra de cuatrocientos casos. Pues bien, ha llegado el momento de empezar a dar a conocer este preciado tesoro, prueba irrefutable —al menos para los investigadores de campo— de la realidad ovni como manifestación extraterrestre.

»Pero hay más. Con *La punta del iceberg* —primer tomo de una larga serie sobre *Los Humanoides*— quiero transmitir al lector esa cara oculta de la investigación. Tras muchos años de pesquisas, siento la necesidad de desnudar mi espíritu y relatar —¿por qué no?— ese capítulo que conocen muy bien los ufólogos “de campo” y que raras veces sale a la superficie. Me refiero a las muchas horas y jornadas lejos del hogar, al miedo y la angustia, a la incertidumbre, a las alegrías y los fracasos que comportan las investigaciones ovni.

»Y hago saber al amigo lector que, aunque muchos de estos “encuentros” se presentan rotundos y definitivos, lo que los investigadores podamos ofrecer no es otra cosa que “la punta del iceberg” de una realidad física, honda, invisible a veces y cercana siempre, que flota sobre esta Humanidad desde la noche de los tiempos. Se engañan los que creen que detrás del fenómeno ovni sólo hay máquinas o exploradores de otros mundos o universos. Aquellos que lo han intuido aún podrán comprobarlo a lo largo de estos cuatrocientos ejemplos. Estoy seguro».

J. J. BENÍTEZ

A Manolo Osuna,
que seguramente
leerá este libro
desde las estrellas

CAPÍTULO I

Donde se cuenta cómo Juan González Santos no se arruga así como así - Hace años que deseaba escribir este libro - No nos engañemos: esto es sólo «la punta del iceberg» - Quizá, sin saberlo, estamos escribiendo para los hombres del siglo XXI o XXII - Una primera y segunda «yampás» o de cómo aparecieron «pelotes» luminosos ante los ojos del testigo - Chispa más o menos, a 20 metros del ovni - «Soy curioso, pero no tonto» - Donde se deduce que los extraterrestres no son muy amantes del tabaco - «Pensé que se trataba de americanos» - Misteriosa doble «zeta» en el fuselaje - De cuando nos empeñamos en buscar las huellas del ovni - La importancia de una rama desgajada - De cómo es posible emocionarse ante unas hojas.

Juan es hombre cumplidor donde los haya. Así que aquella despejada mañana de marzo de 1981 cargó su furgoneta Ebro con las naranjas, lechugas y tomates que le había pedido el Mesón Sancho. A eso de las diez y media arrancó su veterano vehículo y, sin prisas, comenzó a rodar por la carretera secundaria de El Cobre, en las afueras de la ciudad de Algeciras. Juan González Santos vive en la mencionada zona y conoce aquellos derroteros como la palma de su mano. No tardó en alcanzar el cruce con la carretera ge-

neral de Cádiz e inició un ronco ascenso por el carril destinado a camiones y vehículos lentos, siempre en dirección al citado mesón.

Cuando se encontraba a unos tres kilómetros y medio de Algeciras, el solitario conductor de la furgoneta CA-1842-J, y ante el inminente final del carril «lento», conectó el intermitente de la izquierda. Fue en esos instantes, al efectuar la obligada y rutinaria maniobra, cuando Juan se fijó en unas luces muy extrañas, situadas un poco más adelante y a su izquierda, por detrás de una fila de espigados eucaliptos que bordean la ruta y que medio ocultan los terrenos de labranza de un cortijo próximo.

La escasa velocidad de la furgoneta, que en aquellos momentos estaba a punto de coronar la pendiente, permitió al vecino gaditano una observación más atenta de las luces que asomaban entre la leve neblina de la mañana.

Juan pensó que quizá se trataba de algún camión accidentado y detuvo la Ebro en el arcén, frente por frente al punto donde acababa de descubrir el supuesto accidente de circulación. Sin bajar de su asiento, el conductor permaneció por espacio de algunos segundos con la vista fija en las luces que pasaban inadvertidas para los numerosos automovilistas que marchaban en uno y otro sentido por aquel tramo de la carretera nacional 340 de Cádiz a Algeciras. Él sabía que por detrás de la apretada fila de eucaliptos no había carreteras o caminos. El terreno, propiedad del cortijo Marchenilla, aparece allí despejado y con una ligera pendiente que nace en la barrera verdiblanca de los eucaliptos, al pie mismo de la carretera. Estas circunstancias, y el hecho de no apreciar señal alguna de frenada sobre el pavimento, alarmó definitivamente a Juan. El hombre había tomado la decisión de acercarse hasta el lugar y, tras efectuar un giro, aparcó en el arcén opuesto, a un tiro de piedra de las misteriosas luces.

Descendió de la furgoneta y se precipitó por el acusado talud hasta la pared de hojas de los eucaliptos. Desde allí y

agarrándose con su mano izquierda a una de las ramas, el testigo descubrió desde su escondrijo que el aparato que aparecía ante sus ojos —a poco más de 40 o 50 metros— no tenía nada que ver con un camión. Absorto en su observación, Juan no se percató de lo forzado de su postura y la frágil rama terminó por romperse, haciéndole perder el equilibrio.

Nuestro protagonista no es hombre que se arrugue con facilidad y, tras incorporarse, regresó a la Ebro. Estaba decidido a llegar junto a la extraña máquina posada en el campo, pero el acceso por aquel lado resultaba comprometido: pegada casi a los árboles se levanta una alambrada.

Juan sabía que a escasos metros, junto a la caseta del repetidor de Radio Algeciras, situada en aquella misma orilla de la calzada, arranca una vereda que conduce a la hacienda de los hermanos Soto, dueños del referido cortijo Marchenilla. Era, en definitiva, la entrada más próxima al punto donde se hallaba el objeto.

El «encuentro» con el ovni y sus ocupantes tuvo lugar frente al llamado cortijo Marchenilla, a 50 metros de la carretera nacional 340 de Algeciras a Cádiz.

Sin abandonar el arcén, el agricultor salvó los 150 metros que le separaban del recinto de la emisora y aparcó la furgoneta en una diminuta explanada, a la sombra de la alta antena roja.

La máquina era perfectamente visible desde aquel lugar, pero Juan no se contentó con ello. Y empujado por una creciente curiosidad, comenzó a caminar a campo través, sorteando las punzantes matas de abrojos y cardos. Eran las once de la mañana. La bruma había ido disipándose, y el vecino de Algeciras prosiguió su firme, aunque cauteloso, avance. Todo parecía tranquilo y sumido en un silencio total. El enigmático objeto seguía lanzando destellos luminosos, aparentemente ajeno a la cada vez más cercana presencia del testigo.

Pero algo estaba a punto de suceder. Algo que Juan González Santos no olvidará mientras viva...

LA PUNTA DEL ICEBERG

Hace años que deseaba escribir este libro. Desde que me convertí en el único profesional español de la investigación OVNI he ido reuniendo decenas de casos de encuentros con los tripulantes o pilotos de los ovnis. En estos momentos (diciembre de 1982), y sólo en lo que a la Península Ibérica e islas Baleares y Canarias se refiere, he logrado investigar la nada despreciable cifra de cuatrocientos casos de «encuentros en el tercer tipo». Pues bien, creo que ha llegado el momento de empezar a difundir ese preciado tesoro, prueba irrefutable —al menos para los investigadores de campo— de la realidad ovni como manifestación extraterrestre.

Como verá el lector, no siento el menor temor a la hora de pronunciarme sobre este importante capítulo del fenómeno. Es más: quiero que vaya por delante en el presente trabajo, ahorrando así dudas y suspicacias a cuantos no me conocen. Dispongo a estas alturas de mis investigaciones de tantas pruebas testimoniales que refrendan el origen extraterrestre de los ovnis que, si no me pronunciara abierta y claramente sobre ello, estaría defraudando y defraudándome. (Francamente, no sé qué puede ser peor).

Pero vayamos a los hechos. Por supuesto, en ningún momento he pensado convertir ese raudal de información que he ido acumulando en los últimos diez años en un simple y frío «catálogo». Creo que la presencia de los llamados «humanoides» cerca de los testigos encierra siempre —e insisto en lo de «siempre»— un conjunto de matices y circunstancias que no puede ser sacrificado bajo ningún concepto. Cualquier estadística que ignore o desprecie esas peculiaridades de los citados «encuentros» resulta falseada o, cuando menos, empobrecida.

Por otra parte, después de largos años de pesquisas, siento la necesidad de transmitir al lector esa cara oculta de la investigación. Ese capítulo que conocen bien los escasos ufólogos «de campo» y que raras veces sale a la superficie. Me refiero a las muchas horas y jornadas lejos del hogar, al miedo y a la angustia, a la incertidumbre, a las alegrías y a los fracasos que arrastran todas las investigaciones. Con el presente libro, en suma, además de destapar casos inéditos de encuentros con los ocupantes de los ovnis, pretendo asomar al lector a lo más escondido del corazón de un investigador. Quiero que los escépticos y los estudiosos y los que se oponen a la existencia de los «no identificados» compartan conmigo —como un compañero de viaje— las mil dificultades de la búsqueda de los testigos y de la reconstrucción de los encuentros. A lo mejor, con un poco de suerte, tanto los escépticos como los enemigos del fenómeno ovni descubren al final del camino que estas investigaciones son mucho más serias y exhaustivas de lo que siempre han creído.

Por razones puramente «técnicas», como irá desvelando el lector, este volumen contempla un primer puñado de casos, de los cuatrocientos prometidos. Un racimo de casos —inéditos en su mayor parte— que tendrán oportuna continuidad en futuros libros. También observará el lector que en este primer trabajo no incluyo «encuentros» ocurridos en los archipiélagos balear y canario y en Cataluña. La razón es muy sencilla y ha sido largamente sopesada. La riqueza y espectacularidad de casos en dichas regiones es tal que he preferido dedicar varios trabajos monográficos a las investigaciones practicadas por mí en tales zonas. Pido de antemano disculpas a los testigos y habitantes de las islas y Cataluña.

Por supuesto, y antes de proseguir con los «encuentros» propiamente dichos, debo señalar al lector que esta muestra de cuatrocientos casos (una de las más numerosas de Europa), está sirviendo en la actualidad a un nutrido y emi-

nente grupo de científicos para intentar «sacar conclusiones» en lo que a la anatomía, reacciones, comportamiento, etc., de los seres o tripulantes que han sido observados en la península y archipiélagos españoles se refiere. Estos análisis y estudios —llevados a cabo, como digo, dentro del más puro rigor científico— serán ofrecidos como epílogo de esta extensa obra sobre los «pilotos de los ovnis» en nuestro país.

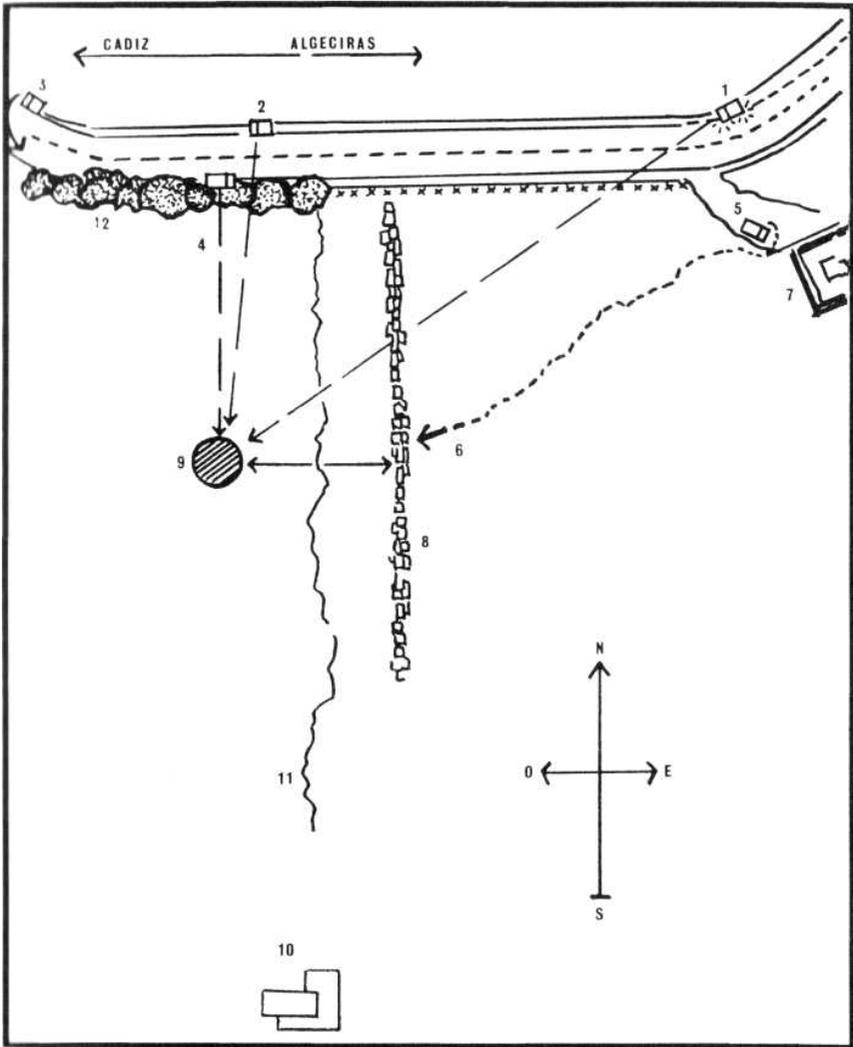
Y hago saber al amigo lector que, aunque muchos de estos «encuentros» se presenten rotundos y definitivos, lo que investigadores de campo como yo podamos ofrecer no es otra cosa que «la punta del iceberg» de una realidad física, honda, invisible a veces y cercana siempre, que siempre ha flotado sobre esta humanidad. Se engañan quienes creen que detrás del fenómeno «OVNI» sólo hay máquinas o exploradores de otros universos. Aquellos que no lo han intuido aún podrán comprobarlo a lo largo de estos cuatrocientos «ejemplos». Estoy seguro.

Y antes de rematar este breve paréntesis, permítanme una minúscula vanagloria. Como decía el desaparecido Manuel Osuna —el «número uno» de los ovnis en España—, «nosotros, los investigadores de campo, somos notarios de una historia que sólo el futuro sabrá valorar en su justa medida».

Estoy convencido también de que este esfuerzo permanente por salvar del olvido casos de avistamientos, aterrizajes o encuentros con ovnis y sus tripulantes dará sus frutos... en los siglos XXI o XXII. Serán nuestros hijos o nietos o tataranietos —o vaya usted a saber— quienes comprendan y valoren este trabajo de unos «locos pioneros». Lo sé y no me importa: lo ufólogos de campo construimos para una humanidad más imaginativa.

FOGONAZOS CONTRA EL TESTIGO

Juan González Santos había avanzado poco más de cincuenta pasos en dirección al ovni cuando un murete de piedra le obligó a detenerse. Estaba a unos 25 metros de un aparato semiesférico, posado sobre el irregular terreno merced a tres patas de tipo telescópico. Aquella inoportuna pared de piedras negras mal apiladas, de un metro escaso de altura, iba a ser el observatorio definitivo del vecino de Algeciras. Porque, aunque el intrépido conductor de la Ebro intentó saltar por dos veces el pequeño muro, con la decidida intención de llegar a las mismísimas narices del objeto, los «propietarios» de la nave no se lo permitieron...



1, final del carril lento; el testigo descubre las luces del ovni. 2, primera parada de la furgoneta. 3, la Ebro hace el giro. 4, segunda parada; Juan González Santos desciende de la furgoneta y observa el ovni entre las ramas de los eucaliptos. 5, el testigo aparca al pie de la antena de Radio Algeciras. 6, recorrido campo a través. 7, caseta de las instalaciones de la emisora. 8, pequeño muro de piedra. 9, situación del ovni. 10, cortijo Marchenilla (a un kilómetro del punto de aterrizaje). 11, torrentera. 12, hilera de eucaliptos.

Pero quizá lo más adecuado es conocer las palabras de Juan, con quien he sostenido diversas entrevistas a lo largo

de los últimos meses. En todo este tiempo, ni Juan Andrés Gómez Serrano, jefe de la Policía Municipal de Algeciras y experto investigador «de campo», ni yo hemos logrado detectar la más pequeña contradicción en el relato de Juan. Tanto mi buen amigo Gómez Serrano, que fue quien me puso sobre la pista del presente caso, como los familiares y compañeros del testigo, a quienes he preguntado sobre la honradez y solvencia moral de González Santos son rotundos: «Se trata de una persona de toda confianza». Estas consultas y averiguaciones, aunque la mayor parte de las veces resulten incómodas, son obligadas cuando uno intenta llevar a cabo un trabajo lo más objetivo posible. Debo adelantar, además, en honor a la verdad y en beneficio de la honestidad del testigo, que Juan González Santos jamás pretendió sacar partido económico o publicitario de su singular aventura. Al contrario: fue Gómez Serrano quien, por esas «causalidades» de la vida, supo del «encuentro» de Juan, rogándole que se lo contase. Y el testigo, hombre de evidente bondad natural, accedió sin reservas.

—... Como le venía diciendo —me explicó Juan—, yo tenía ganas de saber qué clase de cacharro era aquél. Así que puse las manos sobre el muro y me dispuse a saltarlo. Pero no pude...

—¿Por qué?

—Por la parte superior del aparato salieron dos «torretas» y me tiraron dos o tres «yampás».

(Con su lenguaje elemental, y por lo que pude deducir a lo largo de la conversación, Juan se estaba refiriendo a una serie de fuertes fogonazos o «flashazos», que brotaron de las mencionadas «torretas»).

—El caso es que esas luces me dejaron medio ciego. Y me entró un dolor en todo esto...



Juan González Santos (a la izquierda) en compañía del gran investigador «de campo» Juan Andrés Gómez Serrano, que muestra a la cámara un dibujo del ovni visto por el vecino de El Cobre.



Juan González junto a los eucaliptos y la alambrada desde donde observó al ovni en su segunda parada. Dibujado sobre la fotografía, el objeto al que se aproximaría minutos más tarde.

El testigo señaló con su mano izquierda la zona de la frente, próxima a las cejas.

—Aquellas «yampás» eran tan fuertes que los ojos me empezaron a lagrimear. Me puse las manos sobre la cara, tratando de recuperar la vista y fijarme bien en aquel aparato. Como le digo, había empezado a sentir un dolor muy intenso por encima de las cejas. Así que no tuve más remedio que pararme y esperar un momento a ver si recuperaba la visión. Pero lo único que lograba ver eran muchas lucecitas o bolas, como cuando usted mira fijamente al sol...

»Y dije para mí mismo: “¡Me cago la mare que parió...! Pero ¿qué es esto?” Me quedé quieto, y al poco, cuando recuperé la visión, traté de saltar por segunda vez. Pero no hubo forma... Aquel cacharro, sea ruso, americano o español o de donde sea, me tiró una segunda “yampá”.

»Sentí el mismo dolor en la frente y otra vez aparecieron los “pelotes” luminosos. Estaba clarísimo que los que iban dentro del cacharro no querían que me acercase...

—¿Usted lo interpretó como un aviso?

—¿Y qué otra cosa podía pensar?... Dos veces había intentado salvar la pared para llegar hasta la máquina y en ambos casos me habían tirado las «yampás». Así que obedecí y me quedé quieto, a este lado del muro.

—¿Dice usted que vio a alguien en el interior del objeto?

—Así es. Los vi igual que le estoy viendo a usted ahora mismo.

—¿A qué distancia estaba del aparato?

—Chispa más o menos, a unos 15 o 20 metros. No sé decirle exactamente, porque no me paré a medirlo.

(Posteriormente, como ya he referido, pude visitar la zona y medir la distancia exacta entre el ovni y el muro desde el que se registró la observación. En línea recta sumé 25 metros).

—Por lo que veo tuvo usted tiempo suficiente para fijarse en el aparato. Antes de pasar a la descripción de los tri-

pulantes, dígame, ¿cómo era ese objeto que estaba aterrizado frente a usted?

Poco a poco, y con el concurso de Gómez Serrano, hábil dibujante, Juan fue marcando las principales características del ovni: forma semiesférica, de unos cuatro metros de diámetro, con tres soportes o patas tipo «telescópico» («como las antenas de los coches, pero con tramos más gruesos y al revés», aclaraba Juan). A causa de la inclinación del terreno, una de las patas que formaba el trípode aparecía algo más larga que las dos restantes, proporcionando así al habitáculo, una posición totalmente horizontal. La altura del aparato, incluido el tren de aterrizaje, podía oscilar —siempre según el testigo— alrededor de los 4 metros en la zona correspondiente a la pata más larga y en unos 3,30 metros en la opuesta. De éstos, 2 metros correspondían a la altura máxima de la nave propiamente dicha. A cosa de metro y medio de la base del citado habitáculo, el testigo vio cinco ventanas circulares. Una de ellas —la que ocupaba la posición central— era mayor que las restantes. Juan calculó el diámetro del ojo de buey en unos cincuenta centímetros. Las otras cuatro aberturas oscilaban entre los 40 o 45 centímetros. (Considero importante señalar que Juan González Santos trabajó desde 1961 a 1972 como marinero en el yate del marqués de Larios. Estos diez años en la mar justifican la comparación de las ventanas del ovni con «ojos de buey»).

Pero detengamos aquí la descripción del aparato. Habrá otras oportunidades para profundizar en ella. Ardía en deseos de saber cómo eran los ocupantes del objeto.

—A mí me parecieron personas humanas —adelantó Juan.

—¿Cuántos vio?

—Cuatro o cinco.

—¿Y qué hacían?

—Uno de ellos, el que miraba por la ventana del centro, parecía vigilar todos mis movimientos. Los demás iban y